

NOTA NECROLOGICA

Guillermo Guastavino Gallent (Valencia, 24 de octubre de 1904 - Benidorm, 23 de marzo de 1977) ha muerto por sorpresa —no sin sospechas por su parte y por la nuestra—, mientras había ido a esperar la primavera por las cercanías de su Mediterráneo natal. Su cuerpo descansa ahora en la sacramental de San Justo de Madrid.

El Guastavino que nos visitó pocos días antes de su muerte era un hombre ya señalado y bastante distinto del que, hace poco más de dos años, se despedía emocionado en la Sala Noble de la Nacional. El hombre, el escritor y el bibliotecario que había sido hasta entonces ha quedado para siempre en las primeras páginas del homenaje impreso que le dedicó la ANABA. Y esas páginas no van a ser repetidas ahora, porque habría que añadir la luz melancólica de un atardecer humano cuyos reflejos percibíamos en las visitas, nunca largas ni vanas, que nos hizo durante estos dos años. Guillermo Guastavino, noblemente fiel ya a sus propias dimensiones, como todo jubilado honesto que ha ocupado cargos importantes y ha sabido dejarlos con elegancia, llegaba con una carpetilla para los papeles que le ocupaban los ocios definitivos y se marchaba con unos datos, unas fotocopias y, a ser posible, con alguna de las últimas publicaciones de nuestra Biblioteca, que seguía siendo suya.

El penúltimo director de la Biblioteca Nacional de Madrid fue un hombre de acción, una mente esencialmente práctica en busca siempre de la rápida eficacia en cuanto emprendía y poco amigo de detenerse en concienzudos análisis interminables y acaso inútiles, consciente de que lo mejor puede ser enemigo de lo bueno. Por eso fue un acierto poner en sus manos la dirección de la REVISTA DE ARCHIVOS, BIBLIOTECAS Y MUSEOS, que, por distintas causas que no vamos a escribir sobre la tumba de Guastavino, llevaba una vida renqueante. El supo animar la publicación, abrirla a colaboraciones de fuera y asegurar su periodicidad, saltándose con un número puente cinco años de vacío y buscando las colaboraciones de redacción —alguna de ellas callada— que le fueron precisas. Sólo por esto el señor Guastavino merecería ya haber ocupado esta página con la que abrimos este número de una revista que, a partir de él, no ha perdido pulso ni respiración.